

RESEÑAS

► Cabieses y el espejo roto del cuerpo

LUIS ARISTA MONTOYA¹



En el ámbito de las investigaciones sobre medicina tradicional o popular, en interrelación dialéctica con la medicina científica o académica, los aportes de Fernando Cabieses Molina (nacido en 1920 y fallecido el 13 de enero de 2009) son quizá la mejor contribución peruana a la historia universal de la Medicina.

Cabieses, más que un tecnólogo del saber médico jactancioso de su sapiente recetario farmacológico, fue un curador vitalista para quien el paciente no solo era un enfermo, sino un prójimo ansioso de buscar proximidad comprensiva; gracias a su visión antropológica descubrió que el paciente no es un “ser-en-sí”, aislado, sino un “ser-con”, en relación con los demás; pues el abandono es lo que más empeora una determinada enfermedad.

BIOPODER

Antes de fallecer Cabieses, el Fondo Editorial de la Universidad Científica del Sur tuvo el acierto de editar *La salud y los dioses. La medicina en el antiguo Perú* (nueve capítulos; 476 pp.), que aparece como el primer volumen de una colección de veinte títulos que reunirá toda su producción científica, una especie de mural histórico de la medicina peruana, desde la época mágico-chamánica del antiguo Perú hasta la época difusa y confusa de las clínicas especializadas posmodernas.

¹ FILÓSOFO Y PERIODISTA. PROFESOR INVESTIGADOR DE LA ESCUELA DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE SAN MARTÍN DE PORRES. INVESTIGADOR VISITANTE DEL INSTITUTO JOSÉ ORTEGA Y GASSET DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.

Escritos que, frente a los desafíos del mundo globalizado –como dice certeramente en la presentación Percy Encinas, su discípulo y editor–, proponen un llamado al cotejo dialógico y horizontal de Occidente con las otras culturas de las que tenemos mucho por aprender para sobrevivir, desarrollarnos y salvar los retos del siglo XXI.

En un mundo en que la enseñanza, el aprendizaje y el ejercicio de la medicina cada vez se deshumaniza, la apuesta por la formación humanista del alumno fue una de las tercas apuestas de Cabieses: creía que un médico debe ser, ante todo, un antropólogo de la cultura, con una filosofía vitalista para comprender las dimensiones biológica y metafísica del cuerpo humano, porque el cuerpo es la dimensión existencial con que el hombre cuenta de inmediato, y que, por lo tanto, debe cuidarlo preventivamente, evitando agónicas curaciones o la muerte lenta; y no hay peor muerte lenta que el hambre cotidiano de los pobres porque conlleva desnutrición crónica. Pues la composición corporal es el espejo de la nutrición. Cabieses, partiendo de la razón anamnética de los *Comentarios Reales* (cuyos 400 años de edición se celebran este año) del Inca Garcilaso de la Vega, rescata para la vida moderna los valores nutritivos de raíces poco difundidas como la mashua, la oca, la achira, buenas tardes, la racacha o la maca; y de frutos como el airampo, caigua, caimito, capulí cimarrón, tumbo (púrpur, le denominan en Chachapoyas), pacaé (huabas, en Bagua), anona, pijuayo (la fiesta de la cosecha del pijuayo es una adoración a la naturaleza en las comunidades nativas de la selva peruana), la taperiba, tara, la calabaza,

el aguaymanto (o mushañau, en Amazonas) y el zapote (parecido al mamey, con cuatro dulces pepas); además de las legumbres y cereales, conocidos y exóticos, que ahora están siendo utilizados por destacados chefs nacionales e internacionales.

Luchó contra los cínicos que buscan solo tener una cartera de clientes, como hacen los bancos. El saber otorga al médico un *biopoder* (control sobre los cuerpos), pero para servir mediante “la ciencia y el arte de curar”, como decía Cabieses; no para experimentar y ponerse al servicio como una tecnología del poder político².

A propósito, el filósofo alemán Peter Sloterdijk en su ensayo “El cinismo de la medicina” dice: “La voluntad de vida, un agente importante de toda curación, se siente amenazada por la duda de sí misma en caso de enfermedad ‘seria’. Allí donde la tendencia de vida lucha con la de morir, el enfermo necesita un aliado, en cuya conjuración incondicional con la vida pueda creer. De esta manera, el enfermo proyecta las fuerzas de autocuración de su cuerpo sobre el médico, que sabe animar y reconstruir mejor de lo que podría hacerlo el enfermo abandonado a su debilidad y miedo. El enfermo que puede confiar pone en este drama toda la fuerza propia en manos de aquel que le ayuda”³. Este ritual curativo mágico y místico, propio de la medicina antigua, popular o chamánica (“sacar el mal para meter el bien”, como decía el célebre curandero huachano Fortunato Díaz Salvador, conocido como el parapsicólogo “Ñato”), se ha metamorfoseado en la medicina académica a través de la razón instrumental, muchas veces deshumanizada.

² EL TÉRMINO BIPODER ES ACUÑADO POR MICHEL FOUCAULT EN SUS OBRAS EL NACIMIENTO DE LA CLÍNICA (1983) Y VIGILAR Y CASTIGAR (1975).

³ ESTE ENSAYO DE PETER SLOTERDIJK, IGUAL QUE “MEDICINA Y SOSPECHA DE LOS CUERPOS”, PERTENECE A SU LIBRO CRÍTICA DE LA RAZÓN CLÍNICA (2003).

PLANTAS MEDICINALES

Uno de los párrafos mejor informados y bellamente escritos del libro de Cabieses es el titulado "El romance de la quinina" (pp. 221-227, correspondientes al quinto capítulo, acerca de las plantas oriundas del Perú que más han influido en la farmacopea moderna). El árbol de la quina, pese a que desde 1825 el Perú oficial lo ubicó como uno de los íconos de nuestro escudo nacional en reconocimiento a su valor medicinal, por paradoja, ahora está casi en extinción. Con el "polvo de la quinina", sin embargo, desde muy antiguo el Perú, la humanidad entera en realidad, venció a la terrible malaria y el paludismo.

Refiere Cabieses que esta corteza peruana comenzó a llegar a Europa en el siglo XVI en grandes cantidades y se logró con ella dominar las epidemias de malaria. Este árbol oriundo de las selvas andinas salvó cien veces más vidas que las que después destruiría la bomba atómica. Pronto recibió el espaldarazo del científico Linneo. El control farmacológico del dolor y de la fiebre con medicamentos no narcóticos que se inició, hace muchos siglos, con la búsqueda que un curandero indígena del Perú iniciara con la quina y que un místico inglés continuó con el sauce, siguió en las complejas retortas de las antiguas farmacias y en los primitivos laboratorios del siglo XIX y, lentamente primero y rápidamente después, se fue constituyendo una amplia gama de compuestos. Es así como se universalizó.



HOMENAJE

Ahora que esta maravillosa planta está casi en extinción debido a la extensiva depredación promovida por el tráfico ilícito y la deforestación, creo que el mejor homenaje que se puede hacer en memoria del investigador Fernando Cabieses es realizar una intensa campaña de reforestación y uso de plantas medicinales, entre ellas la "Cinchona calisaya" (quina). Los ministerios del Ambiente y de Agricultura, Inrena, las universidades, Sierra Exportadora, las compañías mineras y los gobiernos regionales tienen el reto de hacerlo.

Muy pocos peruanos han visto la planta de la quina; yo la conocí recién en 1997 en Ayacucho, cerca de la Pampa de La Quinoa había un solo ejemplar (¿existirá aún?). Como dicen los campesinos andinos, no son plantas que están "aquí" (acá y allí) o "allá por hay" (allá, por ahí), están dispersas en algunos bosques naturales en Amazonas, San Martín, Madre de Dios, Huánuco, Cajamarca, Ayacucho. Los gobiernos regionales, además de luchar contra su

extracción ilegal, que está prohibida, tienen que promover su resiembra masiva, de no ser así solo quedará pintada en el escudo nacional. Igual destino de preservación deben tener –indicaba el maestro Cabieses– otras plantas psicoactivas como el chamico, la coca, el chuchuhuasi, el chiric sanango, el floripondio, el San Pedro, la ayahuasca y la brumancia; y las medicinales como el chancapiedra (contra los cálculos renales), la sanguinaria, la copaiba, el matico, el ginkgo (base del tanakan, bueno para la circulación sanguínea), el higuérón, el paico, la sangre de grado (cicatrizante de úlceras), el bálsamo del Perú, la chilca (para el dolor de estómago), la higuerrilla, el saúco (de niños nos decían que era veneno, ahora se hace mermelada con él), el barbasco, el molle (para el dolor de huesos), la zarzamora (anticancerígeno, también para mermelada), etc. Plantas requeridas por los grandes laboratorios bioquímicos, con los cuales hay que establecer alianzas dentro del marco de los acuerdos de cooperación científica y tecnológica, y los Tratados de Libre Comercio que tienen que preservar nuestra biodiversidad medicinal y culinaria.